



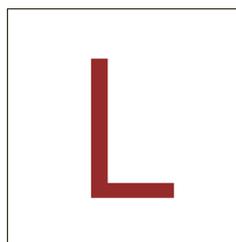
ENTREVISTA

“LA LITERATURA ES CAPITAL PARA LA MEJORA DE UNA SOCIEDAD”

La filóloga **AURORA EGIDO** es la novena mujer que llega a la RAE. Experta en el Siglo de Oro y en Gracián, reivindica su vigencia: “Si algo tienen los clásicos es la capacidad de ser nuevos a pesar del tiempo transcurrido”.

Por **JUAN CARLOS RODRÍGUEZ**

Fotografías de **CHEMA CONESA**



La filóloga Aurora Egido (Molina de Aragón, Guadalajara, 10 de abril de 1946) nos recibe un viernes por la mañana en la Sala de Pastas de la sede de la Real Academia Española, decorada con los solemnes retratos de algunos

de los directores que pasaron por esta docta casa a lo largo del siglo XX: desde Antonio Maura (1913-1926) a Víctor García de la Concha (1998-2010), pasando por Dámaso Alonso (1968-1982). “Creo que aquí se reúnen los académicos para tomar un refrigerio, pero no me haga mucho caso”, explica con expresión risueña la novena mujer en entrar en la RAE en sus 300 años de historia. Hija de un comerciante de zapatos que le contagió su amor por los libros desde niña, nunca imaginó que llegaría a entrar en la casa de las palabras.

Catedrática de Literatura Española en la Universidad de Zaragoza y especializada en el Siglo de Oro —es autora de numerosos libros sobre este fecundo período artístico— el pasado 8 de junio tomó posesión de su plaza (la silla *B* que antes ocupó el cineasta José Luis Borau) con el discurso titulado *La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián*. Desde entonces, Aurora Egido, divorciada, madre de dos hijos y abuela de dos nietos, viaja cada semana en AVE desde Zaragoza a Madrid para asistir a los plenos de los jueves. Ya hay un perchero a su nombre en el vestíbulo del salón de actos, donde, a las siete y media en punto, se da inicio a la sesión del día con el ritual tintineo de una campanilla dorada.

Del autor de *El Criticón*, a quien ha estudiado desde hace más de 20 años, se le ha pegado “la contención y la discreción”, además de una palabra escueta, llana y sabia. Presidenta de honor de la Asociación Internacional de Hispanistas, ha demostrado su excelencia como lectora de español o profesora visitante en la Universidad de Cardiff, el Westfield College de Londres, la Universidad de Cambridge o la Johns Hopkins de Baltimore. No obstante, se siente cómoda con su “perfil bajo” de filóloga. Poco partidaria de los focos, “lo que tengo que decir lo digo en clase y lo escribo en mis estudios”, asegura. Su alegría por poder contribuir a limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua española se mezcla estos días con la tristeza por no haber podido hacer migas con su admirada Ana María Matute, quien tras su fallecimiento ha dejado vacante la letra *K*. Adiós, fantasía; bienvenida, prudencia.

PREGUNTA. Ha dicho que procede de un entorno rural donde predominaba la oralidad sobre la letra escrita. La literatura le entró por el oído...

RESPUESTA. Sí, pero luego también a través de los libros, porque mi padre [que tenía una tienda de zapatos y un almacén de pieles] era un gran lector. Él me puso en el camino de la biblioteca, que es uno de los mejores caminos. Estuvo enfermo durante un año, y como yo era la mayor de seis hermanos, me encargaba ir a buscarlos a la biblioteca. A veces me acompañaba mi madre y los llevábamos en un cesto, porque era un devorador de libros. Yo aprendí, en ese camino de ida y vuelta, el gusto por la lectura.

P. Supongo que esa afición por la lectura no era habitual en un pueblo grande como Molina de Aragón...

R. Era más frecuente de lo que parece. Durante la posguerra, como comenté muchas veces con Carmen Martín Gaité, la lectura fue un gran refugio para muchos españoles. Esa idea humanística de que la literatura y las humanidades ayudan a remontar las miserias es capital. La lectura te introducía en un universo lejano, pero te redimía un poco de la pobre-

za cultural entonces existente, de la falta de libertad... Aparte del enriquecimiento personal que supone la introducción en un mundo de fantasía y creatividad, incluso lingüística.

P. ¿Cómo se recuerda de niña? ¿Fantasiosa o más bien terrenal?

R. Quizá por la parte de mi padre tenía una tendencia a la imaginación, pero mi madre tenía los pies en el suelo, algo que me ha quedado siempre. ¡Y se lo agradezco! [Risas]. En el frontispicio de la Universidad de Salamanca se puede observar la figura de una mujer que tiene una pierna en el suelo atada a una piedra, mientras en la mano lleva un ala. Es una imagen renacentista con la que yo me identifico.

P. ¿De cría ya devoraba a los clásicos del Siglo de Oro?

R. Algunos, aunque yo lo devoraba todo. Recuerdo que me gustaban más los cuentos de mis hermanos que los de chicas, que me parecían muy cursis. Leía *El guerrero del antifaz*, *Roberto Alcázar* y *Pedrin*... En el Bachillerato empezaron a gustarme los escritores de la Generación del 98, sobre todo Azorín. Su lenguaje era como el pan de cada día. Y luego me gustaba mucho la poesía de Machado y la de Juan Ramón Jiménez. Por supuesto, también leía a algunos escritores extranjeros, sobre todo franceses y rusos; siempre traducidos, claro, porque en lo que más fracasó la educación de la posguerra fue en los idiomas.

P. Al menos tuvo la suerte de tener buenos profesores en la universidad que encauzaron su pasión por las letras...

R. Sí, por eso mi discurso sobre Gracián lo centré en la *paideia* [educación, en griego]. En *El Criticón* aparece precisamente la figura del padre, Critilo, que es también maestro de su hijo y discípulo, Andrenio. Luego, el joven tiene que emanciparse del padre y del maestro, pero la educación es fundamental. No solo en relación con los maestros, sino con los progenitores. Ya decía Bertrand Russell que “lo importante en esta vida es saber elegir a los padres” [risas].

P. ¿Haber ingresado en la Real Academia Española es como si a un futbolista lo llaman para formar parte de la Selección Española?

R. No sé lo que sentirán los futbolistas, pero supongo que sí. Para mí jamás fue una aspiración o una meta. Hombre, siempre cabe la posibilidad, pero mis aspiraciones profesionales ya se vieron colmadas cuando me dieron el Premio Nacional de Investigación en 2009. O sea, que esto es como un regalo añadido. Pero no lo acepto como tal regalo, ojo, sino como una propuesta que me hace la Academia para trabajar dignamente en esta institución. Esa es mi aspiración y no otra: procurar merecérmele cada día.

P. ¿Qué sintió ante el nombramiento?

R. Al ser un proceso lento, vas tomando conciencia poco a poco. Por un lado, sentí felicidad; por otro, una enorme responsabilidad. Como decía Machado, es muy difícil estar a la altura de las circunstancias. Y esa responsabilidad pesa, aunque la euforia haga de contrapeso.

P. El poeta Pere Gimferrer, que la postuló para entrar en la RAE, afirma que es usted “la mayor estudiosa del Siglo de Oro”. ¿De qué forma su vasto conocimiento ayudará a “limpiar, fijar y dar esplendor”?

R. Yo no me colocaría en una posición tan elevada, sino en una modesta contribución, producto de casi medio siglo de entrega a la Filología y a los clásicos. Espero que con mi trabajo pueda aportar algo al progreso de la Academia, pero con mucha sencillez y discreción.

P. Su entrada en la RAE coincide con la salida (por defunción) de Ana María Matute, que deja vacante el sillón *K*. ¿Llegó a conocerla? ▶

ENTRE LIBROS
La filóloga,
68 años,
fotografiada
en la biblioteca
de la Real
Academia
Española.

**“Qué lección nos ha dado Felipe VI animándonos a aprender catalán...
No sé cómo se ha convertido en problema algo que es una riqueza.
Ojalá yo hubiera tenido una educación bilingüe como tienen los catalanes”**

► **R.** Ha sido una gran tristeza, porque ahora que yo pensaba poder haberla conocido personalmente, resulta que se ha ido...

P. ¿Qué lugar ocupará la autora de *Olvidado rey Gudú* en la *Historia de la Literatura Española*?

R. Ha dejado un legado literario extraordinario, sobre todo en la literatura española de posguerra, demostrando que la fantasía inherente a la realidad supera a la de la misma ficción. Y va a seguir viva a través de su palabra, sumida en los claros del bosque, como los llamaba María Zambrano.

P. Es usted la novena mujer que accede a la Academia en sus 300 años de historia. Sin Ana María Matute, a día de hoy, solo hay seis mujeres que ocupen sillón en esta docta casa, de un total de 46 plazas. ¿Es justo que la representación femenina no llegue al 15%?

R. Es el resultado de una Historia, de una larga época y, por tanto, no creo que se trate de una injusticia en sentido estricto, pues se supone que los académicos habrán querido ser justos en sus decisiones a la hora de elegir... La situación actual es distinta y cambiará todavía más con el paso del tiempo, por el propio peso que la mujer tiene ahora en el ámbito de la filología y en la cultura en general. Tenga en cuenta, además, que la Real Academia Española, de sesgo francés, fundada en el siglo XVIII, cortó, en ese sentido y en otros, con la tradición de las academias literarias españolas del Siglo de Oro, de raíz italiana, en las que, por cierto, había mujeres.

P. Supongo que, para usted, autores como Cervantes, Quevedo, Góngora, San Juan de la Cruz o Baltasar Gracián son como de la familia...

R. Casi, casi... Es el “convivir con los difuntos”, que decía Quevedo. Pero es evidente que siguen vivos. Si algo tienen los clásicos es la capacidad de ser nuevos a pesar del tiempo transcurrido.

P. ¿Qué gracia le vio a Gracián para que lleve más de 20 años escrutándole?

R. La dificultad que conlleva indagar en sus libros, ya que son un ejemplo máximo de misterio conceptual, retorcimiento del lenguaje y profundidad en las ideas.

P. Conociéndole como le conoce, ¿le gustaría tenerlo como amigo, amante o marido?

R. Yo creo que como ninguno de los tres [se ríe]. Es decir, lo tengo como un autor apasionante al que estudio y leo. Además, parece que ahora es el símbolo de la posmodernidad, porque está muy cerca del pensamiento fragmentario de nuestra época. Hace poco, la FIAT anunciaba uno de sus coches con un aforismo en alemán que decía: “La pasión tiñe de sus colores cuanto toca”, inspirado en el *Oráculo* de Gracián. Es un autor muy moderno; escribió: “Todo pasa en imagen y aun en imaginación en esta vida”.

P. ¿Qué se le ha pegado de él?

R. Quizá la contención y la discreción, que es tan importante en el estilo y en todo. Antes que Gracián, Cervantes dijo que “la discreción es la gramática



EN LA DOCTA CASA. Egido ocupa el sillón B, en el que se sentaba José Luis Borau.

del buen lenguaje que se acompaña con el uso”.

P. Su discurso de ingreso ocupa 348 páginas. Perdóneme la maldad, pero, ¿no fue Gracián el autor de aforismos como “Lo bueno, si breve, dos veces bueno”?

R. Así es. Pero yo en ese volumen no hice caso a Gracián, porque mi trabajo no es de creación literaria, sino de análisis. Él también se extendió bastante cuando practicó la crítica en la *Agudeza y arte de ingenio*. No obstante, los prólogos que hice al *Oráculo*, al *Discreto* o al *Héroe* son brevísimos. En esta ocasión lo que he querido aportar es un estudio completo de todas las obras de Gracián en relación con el tema de la inmortalidad,

que es, en el fondo, la búsqueda que todos los escritores pretenden.

P. ¿Usted también lucha contra el olvido?

R. La desmemoria es lo peor, que no te recuerden. Lo que pasa es que sobrevivir, como el hecho de que te quieran, no depende de uno mismo, sino de los demás. A ver, que te quieran o que te olviden depende de lo que hagas, y de cómo lo hagas... En este sentido, Santa Teresa de Jesús es ejemplar: en el *Libro de la vida* buscaba sobre todo que la quisieran y la consideraran. Y yo creo que es lo que busca todo ser humano: ser recordado, y bien.

P. *Oráculo manual y arte prudencia* (1647), con sus 300 normas para triunfar, se tradujo al inglés publicitándose como un manual de autoayuda para ejecutivos. ¿Ve a Gracián como un gurú del coaching?

R. Lo fue hace unos 12 años, cuando Christopher Maurer lo tradujo bajo el título de *The Art of Worldly Wisdom* [algo así como El arte de la sabiduría mundana], que vendió más de 50.000 ejemplares. El libro venía acompañado de un CD y los lectores anglosajones, incluidos los profesio-

EL NUEVO DICCIONARIO



El próximo mes de octubre la editorial Espasa publicará la vigesimotercera edición del Diccionario de la RAE. Con respecto a la vigesimosegunda, de 2001, hay unas 22.000 modificaciones. Entre ellas, la supresión de las acepciones “débil, endeble” en la voz *femenino* y “varonil, enérgico”, en *masculino*. La nueva versión recoge

unas 6.000 entradas más que la anterior. Algunas de las palabras ahora contempladas serán *cameo* (“Intervención breve de un personaje célebre, actor o no, en una película o serie de televisión”); *dron* (“Aeronave no tripulada”); *naturopatía* (“Método curativo de enfermedades humanas mediante el uso de productos naturales”); *precuela* (“Obra literaria o cinematográfica que cuenta hechos que preceden a los de otra obra ya existente”), y *serendipia* (“Hallazgo valioso que se produce de manera casual o accidental”). El diccionario se publicará en un solo tomo y costará 99 euros.

nales del mundo de los negocios, escuchaban sus aforismos para aplicarlos luego en su vida diaria, porque en realidad son consejos para la supervivencia. En mi discurso, los consideré como sutiles hilos de Ariadna que nos enseñan a circular sin sucumbir en el laberinto de la vida, la política o los negocios.

P. ¿Qué aforismo graciano debería tener presente el nuevo rey Felipe VI?

R. Creo que debería tener una actitud prudente, porque la prudencia, como en el famoso cuadro de Tiziano, consiste en mirar y aprender del pasado, para vivir mejor el presente y proyectar bien el futuro. En ese sentido, hay un aforismo de Gracián que dice: “De hoy para mañana y para muchos días”, que representa la paradoja de una continuidad transformadora. Por cierto, qué lección nos ha dado Felipe VI animándonos a aprender catalán... No sé cómo se ha convertido en problema algo que es una riqueza. Ojalá yo hubiera tenido una educación bilingüe como tienen los catalanes. Y digo catalán como digo gallego, euskera, alemán o chino... Gracián decía que “las lenguas son las llaves del mundo”. Así que cuantas más lenguas sepa uno, más puertas se le abrirán.

P. ¿Urdangarin se tomó al pie de la letra lo de “Pon un gramo de audacia en todo lo que hagas”?

R. No le conozco, pero parece evidente, por lo que de él se cuenta, que no encarnó la debida ejemplaridad que se le suponía en la situación en la que se encontraba.

P. ¿Qué le apasiona a la B mayúscula de la Academia?

R. Yo siempre apelo a lo bueno y a lo bello; la conjunción de ambos términos es, desde Platón, la aspiración máxima. Y ello concierne a la Literatura, a las Humanidades e incluso a la vida misma. A mí me gustan el cine y la fotografía, pero lo que más me gusta es leer. También me interesa la relación entre la literatura y el arte, objeto de buena parte de mis trabajos. Y, por supuesto, me apasiona el teatro: el Segismundo de *La vida es sueño*, interpretado recientemente por Blanca Portillo, me pareció una de las mejores versiones que he visto.

P. Aurora, lleva usted 45 años enseñando Literatura. ¿Estos son malos tiempos para la lírica?

R. Hoy, los planes de estudio en el Bachillerato y los de Bolonia reducen los programas de Literatura Española a la mitad o menos, y, dada la crisis económica y la falta de puestos de trabajo para el profesorado y los investigadores, podemos perder una generación de especialistas. La literatura es capital, por lo que supone para la mejora de una sociedad y también para la interior de la persona. Además, el enriquecimiento lingüístico que representa no tiene precio, pues afecta igualmente a las ideas, haciéndonos más libres. Aparte, existe ese ideal de vida que sintetizó Góngora cuando decía: “Con unos pocos libros, libres digo de expurgación, paso y me paseo”.

P. Está a punto de publicarse la vigesimotercera edición del Diccionario de la RAE. ¿Cómo sería un mundo sin diccionarios?

R. Sería distinto, porque los diccionarios reordenan el mundo al ordenar las palabras que dan vida a los conceptos y los enriquecen.

P. ¿Cuál es su palabra favorita del diccionario?

R. Depende de los días. La de hoy es *vida*. ◀